

# CRISTIANISMO Y POSTMODERNIDAD

*Doctor Alberto Arvelo Ramos*

Esta ponencia se divide en dos partes: en la primera se presentan algunas zonas en donde, según mi parecer, aparecen conflictos irreconciliables entre el cristianismo y algunas doctrinas postmodernas; en la segunda se presenta al cristianismo como una forma de salida, alivio y cura a los padecimientos del alma individual y colectiva que surgen de esas formas de la postmodernidad.

## **1. La incompatibilidad.**

La mejor manera de presentar dos asuntos, para ver de qué manera ellos se relacionan entre sí, es mostrarlos por separado –desde la perspectiva que uno quiere destacar– y juntarlos luego, para el juicio de su compatibilidad. Ver, en concreto, si tienen capacidad para vivir bajo el mismo techo conceptual o si, por lo contrario, hay que declararlos canónicamente divorciados, porque es lógicamente imposible que jamás hayan permanecidos juntos. Veamos el primer término de la relación que quiero establecer, *el cristianismo*.

Prefiero poner el acento casi exclusivamente a un aspecto suyo que es fundamental para el deslinde que se intenta en este trabajo. Este rasgo específico del cristianismo, que ya era nítido cuando la nueva religión comenzó a expandirse por el Mediterráneo, se hace patente cuando comparamos el estilo literario de un clásico de la literatura latina, *La Guerra de las Galias* de Julio César, con otro clásico de esa lengua, escrito algún tiempo después, *Las Confesiones* de San Agustín. Ambas son obras autobiográficas, pero hasta ahí llegan las semejanzas. Cuando César se refiere a los asuntos políticos y militares de los cuales fue protagonista, lo hace desde una fría y serena tercera persona del singular: “Cesar vio tal cosa...”, “César ordenó que los campamentos se

organizaran de este modo...”, “César mandó ejecutar al grupo de prisioneros...” El narrador se pone completamente por fuera de las personas descritas, y principalmente de la suya propia.

Por otra parte, y en completa contraposición con lo anterior, las *Confesiones* de San Agustín están narradas desde una exclusiva primera persona del singular. El asunto fundamental que se trata es Agustín mismo, el despliegue de una interioridad que llega tan adentro, que logra a atravesarse a sí mismo, y salir de ese viaje por el territorio suyo hacia una humanidad cuya esencia ha comprendido en el viaje interior. Por ello nos dice: “¿Qué es el corazón mío sino el propio corazón humano?”. La exploración de los adentros es, para la naciente cultura cristiana, el único camino posible hacia la verdad y la belleza. Por haberlas buscado en otros lugares, Agustín estuvo perdido mucho tiempo y exclama:

*Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Porque tú estabas dentro de mí... y yo te buscaba por fuera, en las cosas hermosas que tu hiciste<sup>2</sup>.*

Por ahora, para los fines de este trabajo, conviene dejar en claro que lo que aparece como causa final de la búsqueda en el yo y en el nosotros, (en “el corazón humano”), es un Dios personal, es decir, que el cristianismo está construido sobre la subjetividad individual, colectiva y divina.

Ahora fijemos la atención sobre la *postmodernidad*. Ella surge del sólido pesimismo que se apoderó de muchos de los sectores intelectuales después de la culminación de la II Guerra Mundial. Europa no podía menos que volverse pesimista frente a aquél terrible cataclismo histórico. Y el descalabro fue sentido con más fuerza debido al punzante contraste que se ofrecía entre las ilusiones de ayer y la desolación del presente. Dos optimismos, uno de corte positivista y otro de corte dialéctico, habían cantado durante largos decenios el advenimiento de una tierra prometida, generada por la creciente eficacia tecnológica del trabajo, y la racionalización creciente de las instituciones sociales. Este mito del *happy end* histórico lo compartieron por igual los de la izquierda, los del centro y los de la derecha política.

Ese derrumbe universal de los sueños, y su consecuente despecho y autoflagelación de caracteres cósmicos, se tradujeron en una magnífica erupción de autoconciencia crítica, que arremetió contra todas las estructuras

intelectuales visibles e invisibles, contra toda la institucionalidad conceptual occidental, contra todas las formas de racionalidad— en especial aquellas que pretendían poner orden y sentido en el curso de la historia. En algunos sectores intelectuales se produjo una verdadera orgía de destrucción. Y las convulsiones no se circunscribieron sólo a Europa. En 1965, en la Venezuela cuyas vértebras estaban sacudidas por intensos desgarramientos y reagrupaciones políticas, un artículo de la escritora Marta Traba en el Papel Literario de El Nacional provocó una polémica sin antecedentes que polarizó a los intelectuales en dos bandos, a favor o en contra de lo que entonces se llamaba —y a veces se sigue llamando— “nihilismo”, “despersonalización”, “Apocalipsis” y “mimetismo”. Esa actitud estética esencialmente pesimista ante toda valoración de belleza y de orden, es lo que hoy designamos con el neologismo relativamente reciente de postmodernidad.

Aquí conviene hacer una aclaratoria: el cristianismo, que yo sepa, no tiene ninguna vinculación esencial con alguna tendencia estética contemporánea. Es neutral frente a los movimientos artísticos. Cabe formularse entonces la siguiente pregunta: con tantos problemas reales que tenemos, el de la pobreza, el de la corrupción, los de las amenazas contra la democracia ¿Es pertinente perder el tiempo deslindándose de un movimiento estético inocuo? Mi convicción, que someto a la afilada consideración crítica de ustedes, es que no se trata de un pasajero problema estético, sino de algo fundamental, de profunda raigambre filosófica, y que tiene que ver con los valores en torno a los cuales, en más de dos milenios, hemos construido la civilización occidental de la cual formamos parte: una visión del mundo cuyo fundamento es una subjetividad divina que rige cada sujeto individual y cada sujeto colectivo. Eso es justamente lo que la postmodernidad rechaza, la unidad del sujeto. Las rutas de este ataque son múltiples. Cito en extenso, un lúcido texto reciente, de la investigadora Julieta González, sobre el sentido de esta fragmentación.

*“Si algún campo del conocimiento ha influido de manera crucial en la teoría crítica y cultural de nuestro siglo ha sido el psicoanálisis. Las teorías de Freud y de Lacan han sido utilizadas por los teóricos de la postmodernidad para analizar ciertos malestares de la cultura. Para muchos las dos guerras mundiales se erigen como “traumas” en el siglo XX... El sujeto, en ese caso Europa o la cultura “occidental” comienza a resquebrajarse, se vuelve un tanto decadente o nihilista... La fragmentación de identidad o del sujeto... referido a identidades colectivas, y esta desarticulación ha sido tomada como síntoma inequívoco de la postmodernidad.*

*Ciertamente estábamos entonces, y estamos aún, ante un proceso de despersonalización... (presente en el ideal de integración de las utopías modernistas o de la Gesamtkunstwerk, –la obra de arte total–) hacia una experiencia “esquizoide”, de la pérdida del yo<sup>3</sup>.*

No es posible negar el enorme atractivo que la desintegración de lo estable ofrece para cualquier creador. Mirar en la cara el vacío, mirar en la cara el desprendimiento de lo muerto, es el inicio de todos los virajes hondos, de todas las conversiones fundamentales. La aceptación de la nada, el nihilismo, es paso previo y fascinante para todos los descubrimientos de nuevos estilos y nuevas verdades. Veamos cómo se le presentaban a los artistas y pensadores venezolanos durante la mencionada polémica de 1965, la atracción de esa destrucción total, en palabras de Guillent Pérez,

*El lector habrá de estar de acuerdo conmigo en lo siguiente: el panorama del pensamiento y del arte en Europa, después de 1945, ofrece un denominador común: la destrucción, el caos. Esto se puede constatar en la filosofía llamada existencialista, y en la literatura y artes en general. La filosofía nos propone hoy la nada como el horizonte ontológico... a partir del cual pudiera venir la reinstalación del hombre en la verdad. Es decir, si el pensador no asume hoy la cuestión de la nada, ya no es un pensador abierto...<sup>4</sup> Para entrar en el nihilismo hay que estar dispuesto a renunciar... renunciar a nuestros sentimientos, a las ideas, a los apetitos de logro. ¿Qué nos queda? Pues sencillamente nada<sup>5</sup>.*

Esto cita nos lleva al final que anunciamos al inicio:

## **2. El Cristianismo como salida, alivio y cura de los padecimientos del alma individual y colectiva surgida de una posición postmoderna.**

Ese enfrentarse a la nada de la postmodernidad, que la asume y la mira a la cara, cuando es sincero, tiene la naturaleza de una confesión religiosa, de una profunda confesión del abismo. Tenemos muchos ejemplos de esta actitud en la tradición cristiana. No soy nadie para dar consejos en esto. Pero me atrevo a sugerir que muchas de esas desolaciones postmodernas podrían ser el camino para una poderosa intensificación de nuestra vida espiritual. Acaso la pista para la confesión de la Postmodernidad podría ser una clarificación del propio San Agustín, cuando nos dice:

*Si consideramos atenta y piadosamente las palabras del Señor, veremos que cuando en la Escritura se lee la palabra confesar, no siempre se debe pensar en pecados... Porque la palabra confesar en boca de Cristo, que no tuvo pecado, no puede significar penitencia, sino alabanza. Así pues, nos confesamos, ya alabando a Dios, ya acusándonos a nosotros mismos. Piadosas son ambas confesiones. Mas si bien se mira, el acusarse a sí mismo es ya un alabar a Dios. Porque acusarse a sí mismo ¿qué es sino confesar que de muerto ha resucitado? Y ¿quién ha podido resucitarle sino Dios?<sup>6</sup>*

Acaso el amor cristiano no vale sólo para los hombres, sino para las doctrinas que ellos engendran. Si así fuere, acaso fuese posible aproximarse con amor cristiano a estas doctrinas áridas y profundamente sinceras de la postmodernidad, y mirar en las desolaciones que propician un arado, una cuchilla benéfica, que sirva para preparar una resiembra y un renacimiento de lo espiritual en nuestros tiempos. Si eso fuese posible, la confesión de la nada se convertiría en una confesión del despertar.

Entonces, los grandes capitales de dolor, de autocrítica, de pesadumbre, de confesiones desde el fondo de la angustia, quedarían invertidos en un negocio espiritual rentable y propicio. Estas últimas expresiones en donde se vincula el lenguaje del espíritu con el lenguaje empresarial tienen su uso plenamente justificado en este recinto. Después de todo San Ignacio de Loyola nos dijo que el *Cristianismo es el negocio de la salvación del alma*.

## Notas

<sup>1</sup> De Trinitate I.

<sup>2</sup> Confesiones, X, 28, 38.

<sup>3</sup> *Modernidad y posmodernidad, espacio y tiempos dentro del arte latinoamericano*, Prólogo, Museo Alejandro Otero, Caracas, 2000.

<sup>4</sup> J. R. Guillent Pérez, "América y el Nihilismo", en *op. cit.* Ediciones Museo AO.

<sup>5</sup> Guillent P, "El nihilismo", *op. cit.*

<sup>6</sup> *Sermon 67, I, 1 ss.*